

Bandung, los cuestionamientos a la concepción imperial europea y la defensa del principio de integridad territorial

Sergio Galiana
sergio.galiana@gmail.com
UBA

Resumen

La Conferencia de Bandung, celebrada entre el 18 y el 24 de abril de 1955, fue un acontecimiento disruptivo en la historia del mundo contemporáneo: fue la primera vez que jefes de estado de países de Asia y África se reunieron para definir, sin la presencia de potencias coloniales, estrategias comunes frente a los desafíos del mundo contemporáneo.

La mayoría de los trabajos que analizan este evento lo consideran un hito del siglo XX, al expresar el fin del ciclo de la hegemonía imperial europea iniciado en el siglo XIX, pero su valoración se basa más en la construcción de genealogías que ubican a la Cumbre como precursora de movimientos posteriores (como el Movimiento de Países No Alineados, el tercermundismo, la OSPAAL e incluso del BRICS y de los movimientos contemporáneos del Sur Global) que en el análisis los objetivos que se planteó el encuentro a mediados de la década de 1950 y de sus logros (y limitaciones).

El objetivo de este trabajo es analizar el impacto de la Conferencia de Bandung en el sistema internacional y su importancia en el proceso de liquidación de los imperios coloniales, con especial énfasis en la defensa de la integridad territorial como principio para la conformación de los nuevos estados independientes.

Palabras clave: BANDUNG, ANTIIMPERIALISMO, INTEGRIDAD TERRITORIAL, NACIONES UNIDAS

Abstract

The Bandung Conference, held between April 18 and 24, 1955, was a disruptive event in the history of the contemporary world: it was the first time that heads of state from Asian and African countries met to define, without the presence of colonial powers, common strategies to address the challenges of the contemporary world.

Most works that analyze this event consider it a landmark of the 20th century, signifying the end of the cycle of European imperial hegemony that began in the 19th century. However, their assessment is based more on constructing genealogies that position the Summit as a precursor to later movements (such as the Non-Aligned Movement, Third Worldism, OSPAAL, and even the BRICS and contemporary movements of the Global South) than on analyzing the objectives set by the meeting in the mid-1950s and its achievements (and limitations).

The objective of this work is to analyze the impact of the Bandung Conference on the international system and its importance in the process of liquidating colonial empires, with special emphasis on the defense of territorial integrity as a principle for the formation of new independent states.

Keywords: BANDUNG, ANTI-IMPERIALISM, TERRITORIAL INTEGRITY, UNITED NATIONS

a. Hipótesis

Nuestra hipótesis es que los países organizadores de la Conferencia, especialmente India e Indonesia, buscaron construir un escenario internacional favorable para plantear sus propias demandas (las cuales entendían que eran propias de todos los países recientemente independizados) más allá tanto de la lógica de la Guerra Fría como de los proyectos imperiales que las metrópolis europeas ensayaban para restaurar su poder en la inmediata posguerra.

En este sentido, entre las preocupaciones centrales de los jóvenes países que accedieron a la independencia luego de la Segunda Guerra Mundial se encontraban el reconocimiento por parte de la comunidad internacional de su soberanía en tanto estados independientes (es decir, la no injerencia en sus asuntos internos) y la conformación de un sistema internacional basado en la igualdad de sus miembros.

La experiencia de ambos países en las Naciones Unidas, donde desafiaron exitosamente a sus respectivas metrópolis gracias a un activo despliegue en el manejo de sus relaciones diplomáticas, hizo que ese escenario se convierta en un campo en disputa para la incorporación de ambos principios en el sistema internacional, objetivo que se logró con la sanción, en diciembre de 1960, de la Resolución 1514 que reconoce el derecho a la autodeterminación de los pueblos y el principio de integridad territorial como marco en cual se debe ejercer ese derecho.

b. Antecedentes de Bandung: solidaridad anticolonial, conflictos armados e independencias.

El internacionalismo antiimperialista en el período de entreguerras

La Cumbre de Jefes de Estado de Asia y África realizada en abril de 1955 fue una iniciativa impulsada por un conjunto de líderes nacionalistas que protagonizaron la primera oleada de descolonizaciones en Asia meridional luego de la finalización de la Segunda Guerra Mundial, algunos de los cuales poseían una vasta experiencia no sólo en la lucha contra las respectivas metrópolis que dominaban sus territorios, sino en la construcción de diferentes redes anticoloniales que se construyeron en el período de entreguerras.

Como señaló el presidente indonesio Sukarno (1955) en su discurso de bienvenida a la conferencia:

“Es un nuevo punto de inflexión en la historia mundial que los líderes de los pueblos asiáticos y africanos puedan reunirse en sus respectivos países para debatir y deliberar sobre asuntos de interés común. Hace tan solo unas décadas, era necesario viajar con frecuencia a otros países, e incluso a otros continentes, para que los portavoces de nuestros pueblos pudieran reunirse.

Recuerdo, en este sentido, la Conferencia de la "Liga contra el Imperialismo y el Colonialismo", celebrada en Bruselas hace casi treinta años. En ella, muchos distinguidos delegados presentes hoy aquí se encontraron y hallaron nuevas fuerzas en su lucha por la independencia.

Pero aquel era un lugar de encuentro a miles de kilómetros de distancia, entre pueblos extranjeros, en un país extranjero, en un continente extranjero. No se reunió allí por elección propia, sino por necesidad.

Hoy el contraste es enorme. Nuestras naciones y países ya no son colonias. Ahora somos libres, soberanos e independientes. Volvemos a ser dueños de nuestra propia casa. No necesitamos ir a otros continentes para reunirnos.”

Esta cita expresa la conciencia que tenían los organizadores del encuentro de su carácter histórico, así como su profunda vinculación con los movimientos antiimperialistas del período de entreguerras. El Congreso al que hace referencia Sukarno había sido una iniciativa vinculada a la Internacional Comunista, que desde sus orígenes brindó un

escenario para la coordinación y articulación de sus miembros en la lucha contra los imperios coloniales, pero –como lo muestran la presencia del propio Sukarno y de Jawahrlal Nehru, entre otros- su convocatoria e influencia excedió ampliamente el marco de los partidos comunistas.

Pero el comunismo soviético no fue el único impulsor de espacios en los que activistas antiimperialistas del mundo podían intercambiar experiencias, ya sea de manera presencial o a través de la prensa. Existieron otros espacios con intereses diversos -desde la promoción de los valores de la Sociedad de Naciones hasta organizaciones religiosas o académicas e incluso desde el nacionalismo anticomunista- y muchas veces superpuestos entre sí, pero todos contribuyeron a establecer vínculos que permitieron trascender el marco intrainperial para pensar el accionar político de sus participantes.

Esos vínculos transversales entre miembros de las organizaciones nacionalistas fueron centrales a la hora de concebir y organizar las luchas antiimperialistas en términos regionales o continentales, más allá de las estrategias desplegadas por esos mismos movimientos frente a sus metrópolis europeas.

Con todas sus limitaciones, la Sociedad de Naciones creada luego de la finalización de la Primera Guerra Mundial, fue uno de los escenarios en los que esas organizaciones pudieron plantear sus reclamos frente a un público por fuera de las autoridades coloniales: su Sistema de Mandatos fue la primera iniciativa que implicó la internacionalización de la llamada “cuestión colonial” (La Porte 2021).

Como lo subraya el trabajo de Pedersen (2015), esta iniciativa, pensada originalmente para que la comunidad internacional, a través de Comisión de Mandatos de la Sociedad de Naciones, supervisara el accionar de las potencias coloniales y velara por el “progreso material y moral” de las poblaciones bajo tutela, tuvo poco éxito en la modificación de las prácticas concretas de administración colonial por parte de las potencias mandatarias, pero la creación de un ámbito en el que diferentes actores (en particular miembros de organizaciones políticas de los territorios coloniales) expresaran públicamente sus críticas al dominio colonial tal como se estaba llevando a cabo permitió a sus participantes trascender la lógica intrainperial que había dominado las discusiones antes de la Primera Guerra Mundial e identificar problemas y estrategias comunes frente a problemas similares.

La Segunda Guerra Mundial y su impacto en Asia

En este sentido, la Segunda Guerra Mundial y sus prolegómenos fueron un catalizador de la solidaridad antiimperialista en más de un sentido: la invasión de la Italia fascista a Etiopía en octubre de 1935, con la consecuente nula o pasiva reacción de las potencias ante esta agresión, mostraron a las claras no sólo la desigualdad del sistema internacional del momento (ambos países eran miembros de la Sociedad de Naciones) sino que la defensa de la independencia e integridad de los países africanos no podía descansar en el apoyo de las grandes potencias “democráticas” de Europa.

Como respuesta a esta situación, diversas organizaciones antiimperialistas formadas por activistas de origen africano y asiático dieron origen en diferentes partes de Europa, África y EE.UU. a una serie de comités de solidaridad con Etiopía dedicados a movilizar a la opinión pública y a sus respectivos gobiernos a favor de la causa etíope. Como señaló el líder panafricanista norteamericano W.E.B. du Bois luego de denunciar la ofensiva italiana y la pasividad de Gran Bretaña y Francia:

Todo esto no es una lectura agradable para quienes depositan su fe en la civilización europea, la religión cristiana y la superioridad de la raza blanca. Sin embargo, estos son los hechos desnudos. Pueden ser interpretados de manera diferente y complementados de diversas formas, pero bajo cualquiera de ellas siguen siendo una historia de egoísmo y miopía, de crueldad, engaño y robo.”
(Du Bois 1935, p.87. Trad. propia)

Asimismo, en Asia Oriental, donde la ofensiva japonesa sobre China se había iniciado en septiembre de 1931 sin que la Sociedad de Naciones condenara al gobierno de Tokio, los territorios administrados por las potencias occidentales fueron escenarios de la Segunda Guerra Mundial a partir de los ataques japoneses iniciados a fines de 1941. En este nuevo escenario hubo un cambio radical en las actitudes de los movimientos asiáticos y sus líderes: si durante la Primera Guerra Mundial había habido un apoyo explícito o implícito al esfuerzo de guerra metropolitano, la experiencia del período de entreguerras -donde las metrópolis no solo desconocieron la contribución colonial al esfuerzo de guerra sino que trasladaron a esos territorios gran parte del costo de la crisis económica iniciada a comienzos de la década de 1930- hizo que las posiciones políticas de las organizaciones anticoloniales sea de prescindencia cuando no de hostilidad frente a la pretendida lealtad a la metrópolis.

La derrota inicial de los ejércitos imperiales europeos y su reemplazo por los ocupantes japoneses en gran parte del sudeste asiático crearon una coyuntura que fue aprovechada por esas agrupaciones y sus líderes para consolidar o forjar vínculos con actores por fuera de las respectivas esferas imperiales para alcanzar sus objetivos de autonomía o independencia. Como ejemplos en este sentido podemos citar los vínculos que el Vietminh tenía con organizaciones chinas desde su fundación en la década de 1930 (con el Partido Comunista, pero también con el Kuomintang o Partido Nacionalista), así como con comandos norteamericanos durante la guerra; en el extremo opuesto podemos destacar las relaciones de los líderes nacionalistas indonesios con las autoridades japonesas durante la ocupación del archipiélago y su participación en organizaciones antioccidentales o la ambigua relación de Aung San y otros líderes birmanos tanto con el Partido Comunista Chino como con las autoridades japonesas durante la ocupación (Stockwell 2008).

En la inmediata posguerra estas relaciones fueron especialmente importantes en aquellos territorios donde las administraciones coloniales europeas habían sido expulsadas durante la guerra y, ante el vacío de poder provocado por la rendición japonesa y la ausencia de tropas metropolitanas, organizaciones nacionalistas proclamaron la independencia de sus territorios (el Partido Nacional Indonesio el 17 de agosto, el Vietminh el 2 de septiembre).

Esto fue así porque tras la victoria de los Aliados en la guerra, las antiguas potencias coloniales buscaron restaurar su imperio ultramarino, especialmente aquéllas que habían sido ocupadas (Francia, Países Bajos, Bélgica) y encontraban en la restauración de su autoridad sobre las posesiones ultramarinas no solo un pilar del renacimiento de la nación tras la humillación sufrida frente a Alemania sino un elemento central para la recuperación económica de posguerra.

De esta manera, a la Guerra en el Pacífico finalizada en septiembre de 1945 sucedieron una serie de conflictos armados entre las milicias nacionalistas que reclamaban la independencia de sus territorios y los ejércitos coloniales que buscaban restaurar el control metropolitano; en Indonesia la guerra iniciada por Países Bajos se extendió hasta diciembre de 1949, mientras que en Vietnam –pese a un primer entendimiento entre los representantes de París y el Vietminh– el conflicto armado duró hasta agosto de 1954.

En ambos casos el fin de las hostilidades no implicó el final del conflicto: los acuerdos firmados en La Haya en noviembre de 1949 por los Países Bajos e Indonesia, en el

marco de la Conferencia de la Mesa Redonda, dejaron en manos neerlandesas el territorio de Nueva Guinea Occidental, mientras que los acuerdos alcanzados en julio de 1945 en la Conferencia de Ginebra establecieron el fin de la Indochina Francesa, con la independencia de Camboya, Laos y Vietnam, pero la partición de este último en dos estados separados (la República Democrática de Vietnam administrada por el Vietminh y el Estado de Vietnam por el antiguo emperador Bao Dai) con el compromiso de un futuro referéndum de reunificación que el Estado de Vietnam, con el apoyo de EE.UU., se resistió a celebrar.

Los enfrentamientos armados tras la finalización de la Segunda Guerra Mundial también afectaron a Gran Bretaña, pese a que en las postrimerías de la guerra había reconocido la imposibilidad de restaurar el *statu quo ante* en Asia meridional e inició negociaciones con las organizaciones nacionalistas más importantes en los diferentes territorios -el Congreso Nacional Indio y la Liga Musulmana en la India, la Liga Antifascista en Birmania- que concluyeron con las independencias de India y Pakistán en agosto de 1947, de Birmania (actual Myanmar) en enero 1948 y de Ceilán (actual Sri Lanka) un mes más tarde. De hecho, las fuerzas británicas apoyaron activamente a las tropas francesas y holandesas en su desembarco en el sudeste asiático, al tiempo que reprimieron a las guerrillas del Ejército Malayo de Liberación, de orientación comunista, en una campaña que se extendió hasta finales de la década de 1950.

El recrudecimiento de estos conflictos en Asia oriental y meridional se vio acentuado por dos acontecimientos que marcaron el fin de la cooperación entre los vencedores de la Segunda Guerra Mundial: la reanudación de la guerra civil china a fines de 1946 y su culminación tres años más tarde con la proclamación de la República Popular China y el refugio del Kuomintang en Taiwán, que brindó al Vietminh un apoyo estratégico y colaboración a través de la frontera sino-vietnamita, y el inicio de la Guerra Fría con la proclamación de la llamada “Doctrina Truman” a comienzos de 1947, que permitió a las metrópolis europeas integrar su lucha por la restauración colonial en la retórica de la defensa del “mundo libre” y el combate al comunismo internacional.

Por su parte, para los diferentes movimientos nacionalistas entre los principales problemas a la hora de negociar las independencias frente a los poderes coloniales se encontraban la asimetría (económica, política, militar) en las relaciones bilaterales, así como las dificultades en mantener la unidad territorial que reivindicaban para sus respectivas naciones (paradójicamente, forjada durante la dominación colonial): el fracaso de un acuerdo entre el Congreso Nacional Indio y la Liga Musulmana (que dejó

como resultado la partición de la India en 1947), la negativa holandesa a incorporar a Nueva Guinea Occidental a los Estados Unidos de Indonesia y la división de Vietnam en dos estados independientes (situación replicada en el caso coreano), colocó a la defensa de los principios de no intervención en sus asuntos internos y de respeto a la integridad territorial en el centro de las preocupaciones de los jóvenes estados independientes. Como veremos, estas dos cuestiones serían incorporadas en la discusión internacional a partir de la Conferencia de Bandung y reconocidas por las Naciones Unidas en diciembre de 1960, con la sanción de la Resolución (XV) 1514.

El sistema internacional en la inmediata posguerra

La expectativa de una cooperación entre los Aliados para la reconstrucción del mundo de posguerra se basaba en la creación, en junio de 1945, de la Organización de las Naciones Unidas con el objetivo de “Mantener la paz y la seguridad internacionales (...), fomentar entre las naciones relaciones de amistad basadas en el respeto al principio de la igualdad de derechos y al de la libre determinación de los pueblos [y] realizar la cooperación internacional en la solución de problemas internacionales de carácter económico, social, cultural o humanitario.” (Artículo 1) Como principio básico, la Organización reconocía –y reconoce- el principio de la igualdad soberana de todos sus Miembros.

EE.UU., Gran Bretaña y la URSS fueron los impulsores de este organismo, en el que se reservaron –junto a Francia y China- el derecho a veto sobre las resoluciones emanadas de su órgano ejecutivo, el Consejo de Seguridad. La presencia en ese sitio de privilegio de las principales potencias coloniales del momento (Gran Bretaña y Francia) hace que difícilmente se pueda pensar ese foro como en un espacio de promoción del anticolonialismo. Entre sus 50 miembros fundadores se encontraba la India británica, que en ese entonces se encontraba en avanzadas negociaciones para acceder a la independencia y cuya delegación había sido designada por el gobierno británico (de la misma manera que la India había sido miembro de la Sociedad de Naciones desde su creación en 1919).

Tras el establecimiento en Nueva Delhi del gobierno provisional indio presidido por Jawaharlal Nehru en septiembre de 1946, el Congreso Nacional Indio buscó consolidar su posición tanto frente a rivales internos -como la Liga Musulmana- como ante el propio Imperio Británico y desplegó una activa política internacional que incluyó el envío de una delegación india a la primera Asamblea General de las Naciones Unidas

presidida por Vijaya Lakshmi Pandit, hermana de Jawaharlal Nehru. Ya en esa primera sesión, la delegación de este país mostró su interés –y capacidad- para utilizar ese foro como espacio de crítica a las políticas coloniales al presentar una moción de condena a las políticas de segregación racial practicadas por el gobierno de la Unión Sudafricana contra la población de origen indio.

Los líderes del Congreso tenían muy claro, por la experiencia propia de lidiar contra las autoridades imperiales británicas durante más de medio siglo, que la mejor estrategia para lograr sus objetivos era negociar con el gobierno de Londres y a la vez buscar alianzas por fuera del marco imperial. En el caso del mencionado reclamo por la discriminación sufrida por la población de origen indio en Sudáfrica, la India rechazó la mediación propuesta inicialmente por el gobierno británico para que este tema se discuta en el seno de la Commonwealth y decidió presentarlo en la Asamblea General de las Naciones Unidas, donde podía obtener el apoyo de los países árabes y de las representaciones de Etiopía y Liberia.

En esta búsqueda de la construcción de solidaridades antiimperialistas, el Congreso organizó entre marzo y abril de 1947 la Conferencia de Relaciones Asiáticas, en la que cerca de 200 representantes provenientes de 34 territorios (que incluían estados independientes, territorios coloniales y repúblicas soviéticas) discutieron acerca cuestiones comunes, entre los que destacaron el apoyo a los movimientos de liberación nacional y los problemas del desarrollo nacional en la posguerra.

Más allá de los escasos resultados de esta reunión -se decidió la realización de una segunda conferencia que nunca se llevó a cabo y los mecanismos de cooperación tampoco se pusieron en funcionamiento- la sola realización de la conferencia y el consenso allí alcanzado respecto de la estrecha relación entre soberanía política y soberanía económica alertaron a las potencias coloniales respecto del carácter disruptivo de este tipo de iniciativas. En palabras del observador británico de la Conferencia Nicholas Mansergh “Aunque la Conferencia no haya influido decisivamente en el curso de los acontecimientos en Asia, fue el signo externo y visible de la nueva importancia de Asia en los asuntos mundiales.” (Mansergh 1947, p. 295)

Más allá de la valoración neutral de Mansergh, la preocupación por la autonomía creciente de la región respecto de las potencias occidentales fue registrada por otro observador británico, Terence Shone, quien se quejaba de la falta de reconocimiento a la tarea civilizatoria realizada en el continente por los europeos: “se escondía [en la Conferencia] un claro deseo de autoafirmación económica y política, al tiempo que a

veces se sugería que Asia, o al menos el Sudeste Asiático, constituía un «tercer mundo» que tenía un papel que desempeñar en la restauración del equilibrio de un balance de poder que en la actualidad dependía demasiado exclusivamente de los mundos opuestos de Estados Unidos y Rusia” (Cit. por Takur, 2019, p. 673).

La apelación a un Tercer Mundo caracterizado por el rechazo a la lógica bipolar, cinco años antes de la publicación del artículo de Alfred Sauvy que popularizara el concepto (Sauvy 1952), mostraba la preocupación de las potencias imperiales de la región, que desplegaron diferentes iniciativas para mantener su hegemonía.

Los intentos europeos por restaurar la hegemonía

Como sugiere Betts (2012), un análisis retrospectivo de la descolonización en Asia oriental y meridional podría suponer el carácter irreversible de este proceso y datarlo en las postrimerías mismas de la Segunda Guerra pero en realidad las metrópolis no estuvieron dispuestas a aceptar la ruptura del vínculo colonial, al menos sin condicionar fuertemente a las nuevas entidades independientes. En efecto, las metrópolis europeas eran conscientes de la imposibilidad de volver a la situación de entreguerras, pero necesitaban del imperio ultramarino para encarar la necesaria reconstrucción de posguerra (Cooper 2011).

Para emprender esta tarea, Gran Bretaña tenía ventajas sobre Francia y los Países Bajos: el grueso de sus posesiones coloniales no habían sido ocupadas por Japón, tenía en el Commonwealth una herramienta institucional para procesar -y eventualmente guiar- las transformaciones políticas de los territorios coloniales y, especialmente, la metrópoli no había sido invadida.

Su existencia se había convertido en un marco de referencia para varias organizaciones surgidas en los territorios coloniales, y en la India la integración al Commonwealth con el estatus de *dominion* –una forma política que establecía un gobierno responsable ante un parlamento elegido por los ciudadanos locales- había sido una demanda del Congreso Nacional Indio desde, al menos, la primera posguerra. El rechazo sistemático de las autoridades metropolitanas a otorgar este estatus al Virreinato de la India (nombre formal de la posesión colonial) cuando ya lo tenían Australia, Canadá, Nueva Zelandia y la Unión Sudafricana -en este caso el cuerpo de ciudadanos estaba compuesto únicamente por personas clasificadas legalmente como “blancos”, que constituían menos del 20% de la población total del territorio- constituía una muestra más, a los ojos del nacionalismo indio, del racismo estructural del Imperio.

En términos generales, la estrategia británica frente a las demandas de mayores derechos por parte de los súbditos coloniales fue una combinación de represión de los sectores más radicalizados con intentos de cooptación mediante la creación de espacios locales de representación con diversos grados de autogobierno a nivel de cada territorio colonial.

En el caso de la India –de la misma manera en otros casos en los que las demandas locales no pudieron o supieron ser encuadradas en el marco de una transición planificada desde Londres, como en Palestina- el conflicto escaló entre las organizaciones que expresaban formas antagónicas de pensar la nueva nación: el Congreso Nacional Indio proponía una nación que englobara a todos los territorios del Imperio británico de la India, mientras que la Liga Musulmana, que acusaba al Congreso de ser una organización hinduista, sostenía la necesidad de la creación de un estado separado para los musulmanes. Como resultado, la ruptura del vínculo colonial ocurrida en agosto de 1947 dio lugar a la creación de los estados de la India y Pakistán en un clima de violencia que provocó el desplazamiento de cerca de 12 millones de personas.

Para Francia la situación era muy distinta, ya que el desafío de posguerra no era cómo reconfigurar las relaciones entre la metrópoli y los territorios dependientes sino refundar el imperio en su conjunto tras cuatro años de ocupación y sumisión al gobierno alemán. La discusión sobre las relaciones entre Francia y sus territorios ultramarinos se dio en paralelo a la de la reorganización de la metrópoli en un contexto de fragmentación política, que comenzó a resolverse en octubre de 1946 con la sanción de la constitución de la IV República y la creación de la Unión Francesa.

Aquí la estrategia para enfrentar las demandas de los súbditos coloniales y reafirmar la identidad metropolitana en la inmediata posguerra fue el reconocimiento de los derechos políticos de los primeros mediante la creación de una ciudadanía común que se expresaba en la representación parlamentaria de las antiguas colonias en la Asamblea Nacional. Esta situación se aplicó tanto a las llamadas “viejas colonias” del Caribe y el Océano Índico conquistadas antes de la Revolución Francesa como a la mayoría de los territorios africanos conquistados a fines del siglo XIX, pero dejaba en una situación difusa a los protectorados de Marruecos, Túnez e Indochina.

En este último caso, la posición metropolitana tras el fin de la guerra era extrema debilidad, ya que sin presencia efectiva en el territorio la instalación de las autoridades enviadas por el gobierno de París dependía de complejas negociaciones con los poderes

realmente existentes -organizaciones nacionalistas locales y fuerzas chinas de ocupación- y con el resto de las potencias Aliadas.

Éstas llevaron a Francia a reconocer la derogación de los llamados “tratados desiguales” impuestos a China y la consecuente retrocesión de los enclaves franceses en ese país y a reconocer la autonomía de los tres estados de la Unión Indochina: Camboya, Laos y Vietnam. Si en los dos primeros casos la restauración de la autoridad fue relativamente sencilla, con el reconocimiento de una autonomía limitada en materia de asuntos internos, en Vietnam –el territorio más importante- esa solución fue imposible.

Allí la principal fuerza era el Vietminh, liderado por el Partido Comunista, que había proclamado la RDV en septiembre de 1945, pero que había llegado a un precario acuerdo con el gobierno francés en marzo de 1946. A las reformas impulsadas por la RDV se oponían no sólo los colonos franceses radicados en Saigón sino también sus aliados vietnamitas anticomunistas.

El nuevo escenario de la Guerra Fría fue aprovechado por el gobierno francés para, una vez desplegados sus efectivos en el territorio, rechazar los acuerdos con la RDV e iniciar una guerra contra el Vietminh en diciembre de 1946, en la que la retórica imperial se confundía con la lucha contra el comunismo internacional. La estrategia desplegada combinó el uso de la fuerza con la promoción de organizaciones rivales a la RDV: en junio de 1946 había alentado la proclamación de una República de Cochinchina con sede en Saigón y en junio de 1948 la creación del Estado de Vietnam con el exemperador Bao Dai a la cabeza, ambos en el marco de la Federación Indochina, integrada a la Unión Francesa.

La derrota francesa en Dien Bien Phu, en mayo de 1954 marcó el fin de la Federación de Indochina y de la presencia francesa en la región, pero no implicó la creación de un estado vietnamita unificado dado que los Acuerdos de Ginebra, que pusieron fin a la guerra, dividieron al país ‘provisoriamente en dos: la RDV en el norte y el Estado de Vietnam en el sur. Estos acuerdos preveían la realización de un referéndum de reunificación en un plazo de un año, pero las autoridades del Sur rechazaron los términos y una nueva guerra por la reunificación del país estalló en noviembre de 1955.

Los Países Bajos también pasaron por una situación similar a la francesa en tanto metrópoli y territorios coloniales ocupados durante la guerra, que tuvo que enfrentar una reorganización institucional en Europa y ultramar. La reconstrucción política metropolitana fue menos conflictiva, proyectada básicamente como una restauración del período previo a la invasión alemana.

En este sentido, si bien durante la guerra la reina Guillermina –en el exilio en Londres– había prometido en 1942 la reorganización del imperio holandés con la creación de una suerte de Commonwealth con la participación de todos sus miembros, tras la rendición japonesa y la proclamación de la independencia de Indonesia en agosto de 1945 el gobierno holandés negoció con su par británico el desembarco de fuerzas militares metropolitanas para restaurar el orden colonial.

El plan original era derrotar a la República de Indonesia –que controlaba las islas de Java y Sumatra– y promover en su lugar la creación de una entidad federal autónoma bajo la soberanía holandesa. Ante la imposibilidad de restaurar su autoridad en todo el archipiélago, el gobierno holandés apeló a una combinación de represión y cooptación, que al mismo tiempo potenciaba la fragmentación del archipiélago: en diciembre de 1946, tras más de seis meses de negociaciones con representantes de diversas organizaciones políticas locales se anunció la creación de los Estados Unidos de Indonesia compuesta por cuatro entidades autónomas: Java, Sumatra –miembros además de la República de Indonesia–, Borneo y el Gran Oriente.

La disputa por la interpretación respecto de los poderes asignados a los estados autónomos hizo que las tensiones entre los Países Bajos y la República de Indonesia escalaran en 1947, que el gobierno metropolitano intentó resolver mediante una serie de ofensivas militares a lo largo del año siguiente. Las dificultades para derrotar militarmente a los nacionalistas indonesios y la creciente presión internacional, especialmente de EE.UU. y de Gran Bretaña, impulsaron la mediación de las Naciones Unidas, que culminó con las negociaciones bilaterales que llevaron a la proclamación de la independencia de los Estados Unidos de Indonesia el 27 de diciembre de 1949.

A diferencia del caso francés, la lógica de la Guerra Fría jugó en contra de los intereses imperiales: en este caso, el temor a una radicalización del nacionalismo indonesio –donde el Partido Comunista era una fuerza importante pero no hegemónica entre los republicanos– alentó una solución que buscaba resolver el conflicto y disputarle al comunismo el discurso antiimperialista (Devillers 1995).

De todas maneras, la independencia indonesia no implicó el fin de la presencia holandesa en el archipiélago, ya que mantuvo el control de la Nueva Guinea holandesa, argumentando que se trataba de una población diferente del resto de la ex colonia. Durante más de una década este territorio fue un elemento de conflicto entre los Países Bajos e Indonesia, hasta que en el marco de una nueva mediación de las Naciones Unidas el mismo fue transferido a Indonesia en mayo de 1963.

Nacionalismo e independencia: las tensiones en torno al estado

La expansión colonial iniciada en la segunda mitad del siglo XIX por las potencias europeas tuvo como objetivo la transformación de los modos de reproducción social de las sociedades conquistadas y su inserción dependiente en el sistema capitalista internacional, a menudo como proveedor de productos primarios de las economías más desarrolladas y como mercado para garantizar la colocación de sus producciones industriales.

A lo largo de este proceso se modificaron profundamente las formas de organización económica y política de las sociedades coloniales, creando nuevas territorialidades en los espacios políticos definidos por cada metrópoli, la mayoría de las cuales no sólo no tenía ningún antecedente previo, sino que integraba sociedades con tradiciones políticas y culturales muy diferentes.

Estos estados tuvieron dos objetivos centrales: garantizar el desarrollo de un modelo de acumulación acorde con los intereses metropolitanos y sostener un sistema de dominación. Más allá del recurso a la violencia, que en tanto estado colonial fue utilizado de manera más discrecional que en otros entornos, la búsqueda de consenso ante la población nativa radicó en la integración de actores locales en el aparato estatal, para lo que se desplegaron diferentes estrategias entre las que destacó la cooptación de líderes locales, ya sea líderes religiosos o los llamados “jefes tradicionales” (Mamdani 1998).

Como resultado, la política colonial terminó apelando a la politización de identidades culturales (religiosas o étnicas) como una forma de construir colaboradores y fragmentar políticamente a la población; de esta manera se sentaron las bases del tribalismo político y del comunismo como lenguajes de la política colonial.

Pero en la medida que los procesos de transformación social fueron creando problemas y estimulando reivindicaciones comunes más allá de los estrechos marcos identitarios, se fueron conformando nuevas organizaciones políticas cuyo horizonte de representación lo constituía el conjunto de la población sometida a la dominación colonial. Así, desde finales del siglo XIX y principios del siglo XX comenzaron a construirse en el mundo colonial organizaciones que hablaban en nombre de una “nación” definida territorialmente por los límites fijados por las respectivas metrópolis (Anderson 1991).

Estas organizaciones (el Congreso Nacional Indio, el Vietminh, el Partido Nacional Indonesio) se enfrentaron a una doble tarea: luchar por la ampliación de derechos frente a las respectivas metrópolis y contribuir a la construcción de la nación a la que pretendían representar, a menudo enfrentados a organizaciones localistas que rechazaban –al igual que la metrópoli- la existencia misma de esa nación. En este sentido, la solidaridad antiimperialista fue un elemento importante no sólo como intercambio y coordinación de experiencias de lucha, sino también como legitimador de las propias organizaciones frente al mundo exterior.

De esta manera, para las organizaciones nacionalistas la independencia –o los diferentes niveles de autonomía ante la metrópoli- debían materializarse en la creación de un estado nacional cuyo territorio debía coincidir con el de la colonia. Siguiendo esta lógica ese estado, puesto al servicio de la nueva nación gracias a la dirección del movimiento nacionalista, se convertiría en el actor clave de la transformación económica, política y social que llevaría a superar el atraso y la dependencia característicos de la situación colonial.

La fragmentación o amputación de parte de ese territorio, impulsada tanto desde la metrópoli como desde las jefaturas locales, era vista como una amenaza a la integridad nacional, más allá del hecho que ese territorio se conformó como tal a partir de la conquista colonial.

En este sentido, la descolonización de India fue un ejemplo en un sentido ambiguo: por un lado expresaba el éxito de la lucha del nacionalismo contra el Imperio Británico en una estrategia caracterizada por la no violencia y la movilización de masas, pero al mismo tiempo el resultado fragmentado –la independencia de la India y Pakistán como dos estados separados- mostraba la profundidad con la que caló la politización de las identidades culturales impulsada durante el período colonial. No es casualidad, entonces, que la cuestión de la integridad territorial –entendida como el mantenimiento de los espacios construidos durante el período colonial- haya sido una preocupación de los movimientos nacionalistas de posguerra.

Una vez alcanzadas las independencias, los movimientos nacionalistas en el poder emprendieron las tareas de transformación económica, política y social que consideraban necesarias para dejar atrás el legado colonial y entendían que la cooperación internacional, especialmente entre aquellos países que enfrentaban problemas similares, era fundamental para potenciar el desarrollo de sus respectivas naciones y evitar la injerencia política y económica de las grandes potencias.

Es en este contexto, de búsqueda de consolidación de la soberanía -frente a los esquemas coloniales y neocoloniales europeos- y de afirmación de una agenda propia de reconstrucción económica –frente a los modelos impulsados desde los dos bloques geopolíticos que emergieron en la segunda mitad de la década de 1940, que se comprende mejor la propuesta, las iniciativas y los logros de la Conferencia de Bandung celebrada en 1955

c. El desarrollo de la Conferencia y sus resoluciones

La búsqueda de una solución al conflicto en Indochina fue lo que motivó la celebración de un encuentro entre los gobiernos de Birmania (actual Myanmar), Ceilán (Sri Lanka), India, Indonesia y Pakistán en Colombo, conocido luego como el Grupo de los Cinco, entre abril y mayo de 1954.

Más allá de las diferencias en las orientaciones políticas y las rivalidades internas de este grupo, compartían una serie de características que los habilitaban como grupo a plantear una iniciativa autónoma en el contexto de un enfrentamiento armado que ya había arrastrado a nuevos actores en su escalada militar: en ese momento, en que se estaba desarrollando la ofensiva del Vietminh sobre la base militar francesa de Dien Bien Phu, China y EE.UU. tenían una fuerte injerencia como proveedores de armas y de logística y existían temores fundados de que se produzca una escalada similar a la que tuvo lugar en la península de Corea.

Además del interés común por desactivar un conflicto que se desarrollaba tan cerca, otros elementos que dieron cohesión al Grupo de los Cinco eran el pasado colonial común y la identificación de las Naciones Unidas como un escenario válido para presentar reclamos ante las grandes potencias. Esto último ya se había manifestado en la celebración de la Conferencia de Relaciones Asiáticas de 1947, pero en ese entonces ninguno de los países del Grupo de Colombo había accedido a su independencia.

La conformación de un grupo regional por fuera de los intereses de las grandes potencias se expresó en la Conferencia de la Colombo con la futura convocatoria a una Conferencia afroasiática. Esta iniciativa desafiaba la lógica política que estaba impulsando en ese entonces EE.UU., con una serie de acuerdos militares para “contener” la expansión comunista (CENTO, SEATO), por lo que desde sus inicios fue vista con hostilidad por las potencias occidentales.

Finalmente, el Grupo de los Cinco acordó en una cumbre celebrada en Bogor (Indonesia) en diciembre de 1954 la convocatoria a una Conferencia afroasiática en

Bandung para abordar cuestiones vinculadas a la cooperación entre los países miembros, así como “examinar los problemas de particular interés para los pueblos de Asia y de África, como, por ejemplo, los relacionados con la soberanía nacional, así como el racismo y el colonialismo”.

Asistieron a la Conferencia representantes de 24 de los 25 países invitados, expresando el interés que despertó la iniciativa en el mundo afroasiático. Más allá del protagonismo inicial de los miembros organizadores y de la búsqueda de establecer una agenda específicamente afroasiática independiente de los alineamientos de la Guerra Fría, la presencia de la República Popular China y de países con fuertes lazos políticos y militares con EE.UU. y sus aliados (como Turquía, Pakistán o Filipinas) generó tensiones que se expresaron en las diferentes comisiones a lo largo de los siete días de sesiones.

Sin embargo, la coincidencia en el rechazo a la dominación colonial y a la injerencia de terceros en los asuntos internos de los estados, así como la defensa de la integridad territorial, permitieron articular un acuerdo expresado en el Comunicado Final de la Conferencia, donde se sostiene que

“La Conferencia Asiático-Africana declaró su pleno apoyo a los principios fundamentales de los Derechos Humanos consagrados en la Carta de las Naciones Unidas y tomó nota de la Declaración Universal de Derechos Humanos como ideal común para todos los pueblos y naciones. La Conferencia declaró su pleno apoyo al principio de autodeterminación de los pueblos y naciones, consagrado en la Carta de las Naciones Unidas, y tomó nota de las resoluciones de las Naciones Unidas sobre el derecho de los pueblos y naciones a la autodeterminación, requisito indispensable para el pleno disfrute de todos los Derechos Humanos fundamentales.”

Asimismo, en la Declaración sobre la promoción de la paz y la cooperación mundiales se establecen una serie de principios que comienzan con:

- “1. Respeto a los derechos humanos fundamentales y a los propósitos y principios de la Carta de las Naciones Unidas.
2. Respeto a la soberanía e integridad territorial de todas las naciones.
3. Reconocimiento de la igualdad de todas las razas y de la igualdad de todas las naciones, grandes y pequeñas.”

Resulta importante destacar que la apelación conjunta a la Carta de las Naciones Unidas de 1945 y a la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948 inauguró una

estrategia que culminará con la aprobación de la Declaración sobre la concesión de la independencia a los países y pueblos coloniales en diciembre de 1960.

De hecho, en la Carta de las Naciones Unidas la referencia al derecho a la autodeterminación de los pueblos es genérica y no hay una condena explícita a la dominación colonial; por el contrario, la Declaración sí manifiesta un conjunto de derechos económicos, políticos y sociales que no son compatibles con la dominación colonial.

Esta falta de claridad respecto de la aplicación del principio de autodeterminación había dado lugar a la llamada “tesis belga” desarrollada en repetidas oportunidades por la misión de ese país en las Naciones Unidas. Su principal defensor fue el diplomático Fernand van Langenhove, Representante Permanente de Bélgica en las Naciones Unidas entre 1947 y 1957, quien sostenía que la noción de “territorios no autónomos” mencionada en Carta debía aplicarse a todos aquellos donde residían poblaciones “sometidas a una dominación extranjera [...] que no existe solamente en aquellos territorios que llamamos, comúnmente, colonias. Se encuentra también en los Estados de composición étnica compleja y, principalmente, en aquellos que son antiguas colonias de asentamiento que han roto vínculos con la metrópoli” (1951, p. 9, trad. propia), en referencia a los países americanos.

Esta postura, que buscaba diluir las responsabilidades de las metrópolis en tanto administradoras de territorios no autónomos y, por lo tanto, sujetas al creciente escrutinio de la comunidad internacional, fue rechazada tanto por los jóvenes países independientes y los movimientos nacionalistas que reclamaban la independencia como por EE.UU. y los países americanos y generó una importante discusión en la Asamblea General que buscó saldarse con la Res. 637 (VII) de 1952, que establecía la responsabilidad de las metrópolis en garantizar los derechos de las poblaciones de los territorios no autónomos al tiempo que solicitaba a la Comisión de Derechos Humanos del Consejo Económico y Social recomendaciones sobre las medidas que deberían adoptar dichas metrópolis.

La vinculación entre los dos documentos fundantes del sistema internacional de posguerra (la Carta de Naciones Unidas y la Declaración Universal de Derechos Humanos) con la impugnación de la dominación colonial abrió un escenario que permitió plantear los reclamos por las independencias y la condena a los regímenes de minorías como el apartheid sudafricano no sólo en terreno estrictamente político (o político-militar) sino en el del derecho internacional.

Pero la defensa del principio de autodeterminación en abstracto podría volverse en contra de los intereses de los jóvenes países independientes, ya que prácticamente todos tenían poblaciones heterogéneas a los que podría aplicarse ese principio. De hecho, en los casos mencionados de la India, Vietnam e Indonesia la estrategia metropolitana fue apelar a la fragmentación política para demorar o negar la retirada colonial.

La asociación del derecho a la autodeterminación de los pueblos con los principios de soberanía e integridad territorial fue un elemento clave en las demandas de los jóvenes países y los movimientos nacionalistas para legitimar y enmarcar en el derecho internacional el proceso de descolonización que desde la segunda mitad de la década de 1950 impulsó la liquidación de los imperios coloniales europeos.

En otro orden de cosas, la Conferencia logró sortear exitosamente las tensiones creadas por la lógica de la Guerra Fría: la condena al colonialismo “en todas sus manifestaciones” fue una fórmula lo suficientemente amplia para satisfacer tanto los reclamos de quienes querían condenar el “imperialismo del dólar” que generaba la explotación neocolonial, como de quienes denunciaban en “imperialismo soviético” contra las poblaciones musulmanas de Asia central, sin manifestarlos de manera explícita. En su comunicado final, las únicas referencias concretas fueron contra la dominación francesa en el norte de África, en Marruecos, Argelia y Túnez.

Asimismo, la presencia de una nutrida –y activa- delegación de la República Popular China presidida por su Primer Ministro Zhou Enlai, generó un espacio de distensión entre la joven república y sus vecinos sorteando la política de aislamiento impulsada por EE.UU. y sus aliados occidentales, reafirmando una vez más la búsqueda de autonomía de los países de la región en el contexto de la Guerra Fría.

c. Conclusiones

La Conferencia de Bandung fue un punto de inflexión en la historia contemporánea ya que marcó la irrupción en el sistema internacional de los países de Asia y África por fuera de los intereses y las presiones tanto de las metrópolis europeas como de las dos superpotencias emergentes de la Segunda Guerra Mundial.

En este sentido, su importancia radica no sólo en la novedad de que por primera vez se reunieron los representantes de los países independientes de Asia y África sin la presencia de delegaciones europeas –hecho que abrió el camino a otros encuentros y agrupamientos como el Movimiento de países No Alineados- sino en su capacidad tanto para promover temas de interés regional en la agenda de las Naciones Unidas como para

retomar los principios ya establecidos como pilares del orden mundial de posguerra y resignificarlos en función de sus propios intereses, en particular de la defensa del principio de la autodeterminación de los pueblos y de la defensa de la integridad territorial.

Esta capacidad quedó plasmada en diciembre de 1960, cuando la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó la Resolución 1514 (XV) de Declaración sobre la concesión de la independencia a los países y pueblos coloniales que establece que “La sujeción de pueblos a una subyugación, dominación y explotación extranjeras constituye una denegación de los derechos humanos fundamentales, es contraria a la Carta de las Naciones Unidas y compromete la causa de la paz y de la cooperación mundiales” y se reafirmó un año más tarde con la creación del *Comité Especial Encargado de Examinar la Situación con Respecto a la Aplicación de la Declaración sobre la Concesión de la Independencia a los Países y Pueblos Coloniales*, conocido como “Comité de Descolonización”, encargado de la aplicación de la Res. 1514.

Otras iniciativas, como la institucionalización de mecanismos que promuevan cambios en el sistema de comercio internacional, la cooperación e intercambio de ciencia y tecnología entre los países de Asia y África y la solución pacífica de las controversias entre los participantes de la conferencia, fueron menos exitosas.

Como señalamos anteriormente, el énfasis puesto en la independencia nacional y la integridad territorial se vinculaba con el papel central que los movimientos nacionalistas asignaban al estado poscolonial como agente de transformación social, entendiendo a esta última como un proceso de “modernización” asimilado al desarrollo industrial. El éxito limitado de los programas desarrollistas y la creciente escisión entre los movimientos nacionalistas devenidos en Partido/Estado y sus respectivas sociedades -cuya movilización había hecho posible la ruptura del vínculo colonial- pueden pensarse como un resultado paradójico del triunfo logrado en la década de 1950

Bibliografía

Acharya, Amitav, “Studying the Bandung Conference from a Global IR Perspective”, *Australian Journal of International Affairs*, Vol. 70, N° 4, Canberra, 2016, pp. 342-357.

Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

Betts, Raymond F., “Decolonization: A Brief History of the Word”, en E. Bogaerts y R. Raben (eds.), *Beyond Empire and Nation: The Decolonization of African and Asian Societies, 1930s–1970s*, Leiden, Brill, 2012, pp. 23-38.

Cooper, Frederick, “Reconstructing Empire in Post-War French and British Africa”, *Past and Present*, N° 210, Supplement 6, Oxford, 2011, pp. 196-210.

Devillers, Philippe, “Indochine, Indonésie: deux décolonisations manquées”, en Ch.-R. Ageron y M. Michel (eds.), *L'ère des décolonisations*, París, Karthala, 1995, pp. 67-82.

Du Bois, W. E. B., “Inter-Racial Implications of the Ethiopian Crisis: A Negro View”, *Foreign Affairs*, Vol. 14, N° 1, Nueva York, octubre de 1935, pp. 82-95.

Eslava, Luis; Fakhri, Michael y Nesiah, Vasuki (eds.), *Bandung, Global History, and International Law: Critical Pasts and Pending Futures*, Nueva York, Cambridge University Press, 2017.

La Porte, Pablo, “Dissenting Voices: The Secretariat of the League of Nations and the Drafting of Mandates, 1919–1923”, *Diplomacy & Statecraft*, Vol. 32, N° 3, Londres, 2021, pp. 440-463.

Lee, Christopher J. (ed.), *Making a World after Empire: The Bandung Moment and Its Political Afterlives*, Athens (Ohio), Ohio University Press, s/f.

Langenhove, F. van, “La notion de Territoires Dépendants / The Idea of Dependant Territories”, *Civilisations*, Vol. 1, N° 1, Bruselas, enero de 1951, pp. 8-14.

Mamdani, Mahmood, *Ciudadano y súbdito: África contemporánea y el legado del colonialismo tardío*, México, Siglo XXI, 1998.

Mansergh, Nicholas, “The Asian Conference”, *International Affairs*, Vol. 23, N° 3, Londres, julio de 1947, pp. 295-306.

Pedersen, Susan, *The Guardians: The League of Nations and the Crisis of Empire*, Oxford, Oxford University Press, 2015.

Phạm, Quỳnh N. y Shilliam, Robbie (eds.), *Meanings of Bandung: Postcolonial Orders and Decolonial Visions*, Londres, Rowman & Littlefield International, 2016.

Sauvy, Alfred, “Trois mondes, une planète”, *L'Observateur*, París, 14 de agosto de 1952.

Stockwell, Anthony J., “Southeast Asia in War and Peace: The End of European Colonial Empires”, en Nicholas Tarling (ed.), *The Cambridge History of Southeast Asia. Volume Two: The Nineteenth and Twentieth Centuries*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008.

Thakur, Vineet, “An Asian Drama: The Asian Relations Conference, 1947”, *The International History Review*, Vol. 41, N° 3, Londres, 2019, pp. 673-695.

Documentos citados

Appadurai, Arjun, *The Bandung Conference*, Nueva Delhi, Indian Council of World Affairs, 1955.

Bogor Communiqué, citado en Arjun Appadurai, *The Bandung Conference*, Nueva Delhi, Indian Council of World Affairs, 1955.

Carta de las Naciones Unidas, Naciones Unidas, San Francisco, 1945, disponible en <https://www.un.org/es/about-us/un-charter/full-text> [consulta: 18 de agosto de 2025].

Final Communiqué of the Asian-African Conference, Bandung, 24 de abril de 1955, disponible en <https://www.aalco.int/Basicdocuments/FINAL%20COMMUNIQUE%20OF%20THE%20ASIAN-AFRICAN%20CONFERENCE.pdf> [consulta: 19 de agosto de 2025].

Resolución 637 (VII) de la Asamblea General de las Naciones Unidas, “Derecho de los pueblos y de las naciones a la libre determinación”, Naciones Unidas, Nueva York, 1952.

Resolución 1514 (XV) de la Asamblea General de las Naciones Unidas, “Declaración sobre la concesión de la independencia a los países y pueblos coloniales”, Naciones Unidas, Nueva York, 1960.

Sukarno, “Opening Address”, Conferencia Asiático-Africana de Bandung, Bandung, 18 de abril de 1955, disponible en http://www.cvce.eu/obj/opening_address_given_by_sukarno_bandung_18_april_1955-en-88d3f71c-c9f9-415a-b397-b27b8581a4f5.html [consulta: 18 de agosto de 2025].